

LAS VIUDAS DE XOAMPOLCO

María José García Oramas

Xoampolco es una comunidad rural perteneciente al municipio de Altotonga, Veracruz. El crecimiento poblacional de esta última, cabecera municipal, generó el aumento en la construcción de casas-habitación en las laderas de las colinas de las zonas aledañas, transformando al mismo tiempo las actividades de sus habitantes, quienes dejaron las labores del campo para trabajar como albañiles o empleados de las fábricas de textiles que se establecieron en la zona.

Xaltepec, la comunidad que enlaza Altotonga con Xoampolco, se fue llenando de casas-habitación construidas en las colinas por los pobladores locales, lo que erosionó la tierra y provocó deslizamientos. Uno de ellos, en el otoño de 2013, arrasó con una camioneta de transporte local que llevaba pasajeros hacia Altotonga, dejando a su paso siete muertos (seis hombres y una mujer), todos ellos jóvenes que dejaron tras de sí huérfanos a 17 niños pequeños, entre los dos días de nacidos y los 12 años. Un segundo alud también arrolló y lesionó a un grupo de voluntarios que intentaban limpiar el camino y ayudar a los heridos, y mató a una mujer que recién había parido a su bebé,

en una casa colina abajo, cuando ambos fueron sepultados por la tierra y el lodo.

Alumnas de la Facultad de Psicología de la Universidad Veracruzana que habitan en estas comunidades, enteradas de que los docentes de esta institución cuentan con un protocolo de atención en salud mental a víctimas de desastres, pidieron ayuda para atender a estas familias. Así, se iniciaron las brigadas de apoyo, que se extendieron durante tres meses y en las que participaron docentes y alumnos de esta facultad.

Dado mi interés por el trabajo con las mujeres, me integré a este equipo para atender a las seis viudas y a la abuela que había perdido a su hija, quedando a cargo de sus nietos, pues su hija era una mujer sola que mantenía con su trabajo a sus pequeños hijos. Mi labor consistió en agrupar a estas mujeres, escucharlas y acompañarlas en su dolor por el proceso de pérdida que estaban sufriendo.

Durante las sesiones realizadas cada fin de semana, las mujeres hablaban de sus sentimientos, sus preocupaciones, sus temores. Lloraban frecuentemente y su indefensión se hacía cada vez más evidente. La condición de mujer

viuda en una comunidad como Xoampolco no es fácil. Ellas pasaban de un lugar de reconocimiento y prestigio social al ser mujeres jóvenes “bien casadas”, que habían cumplido con “darles hijos sanos” a sus maridos, a quedarse solas bajo la vigilancia y el escrutinio de la comunidad.

Porque ser una mujer joven y sola despierta suspicacias: con el paso de los días, la gente de la comunidad murmuraba sobre estas mujeres que salían a reunirse a la calle a hablar de su situación en vez de quedarse en casa a llorar a sus muertos en la intimidad, como se esperaba de una “buena mujer”. Al respecto, ellas decían que tenían que salir, no sólo por apoyar a sus hijos sino por reflexionar sobre su futuro y sobre la manera en que ahora los sacarían adelante.

La comunidad seguía generando rumores sobre estas jóvenes mujeres viudas. Comenzaron a hacer apuestas para ver quién sería la primera en volver a casarse y con quién lo haría. Les llamaban “las viudas alegres de Xoampolco”. Ellas, indignadas, decían que no tenían tiempo para eso, que en realidad se preocupaban porque eran dependientes de sus suegros, sus cuñados, su propia familia, quienes empezaban a verlas mal y a considerar que ahora se verían forzados a apoyarlas y sostenerlas económicamente.

Las viudas: aves de mal agüero

En Xoampolco ser viuda implica la pérdida de su identidad y su valor.

En otras latitudes, por ejemplo en la India, siguiendo el ritual conocido como *satí*, ellas se arrojaban a la pira funeraria de sus maridos. Todavía en 1982 se debatió, en relación con el caso de una joven mujer que llevó a cabo

este ritual, si ella se había lanzado al fuego por propia voluntad u obligada por sus familiares.¹

Dado que las mujeres son consideradas responsables, en gran medida, del bienestar de su esposo, si su marido muere antes que ellas, este hecho se considera sospechoso y de mal augurio. Aún hoy día, también en la India, cuando una mujer se vuelve viuda se convierte en paria social y por ello debe dedicarse a una vida de devoción y pureza.² La familia, incluidos sus hijos e hijas, la lanza a la calle porque considera que trae mala suerte; por ello tiene prohibido trabajar, vestirse de color y cohabitar con otra persona. En su frente tiene que dibujar la *v* del dios hindú Krishna, al que tendrá que rendir honor el resto de su vida en esta nueva condición social. Estas mujeres mueren de hambre y deambulan por las calles, pagando con ello la desgracia que *causaron* a su familia y a su comunidad.

Algo similar sucede en Xoampolco y en otras comunidades rurales de México. Las viudas generan inquietud y desconfianza entre los miembros de las comunidades tradicionales en las que habitan porque, además de ser potenciales portadoras de la mala suerte, al verse solas y sin la tutela de un hombre que les proteja, carecen de los mecanismos de control y vigilancia comunitarios y familiares que se requieren para regular su conducta. Generalmente, al casarse las mujeres pasan a vivir con la familia de su marido, se dedican al cuidado de los hijos y a las labores del hogar. Al perder al cónyuge, es la familia política quien carga con todas las responsabilidades del cuidado y mantenimiento de la viuda y sus hijos.

También las mujeres jóvenes que quedan solas cuando sus maridos emigran de sus comunidades viven situaciones similares, como

en el caso de la comunidad de San Marcos, municipio de Xico, Veracruz.³ Cuando sus parejas se van, la comunidad empieza a echar a andar esta serie de mecanismos similares a los de Xoampolco: comienzan los rumores sobre sus salidas a la calle, sobre lo que hacen, con quién salen y qué conversan. Sus maridos las dejan a cargo de su familia para que les “den razón” de sus acciones cotidianas. Se trata de sistemas de vigilancia para mantener el control sobre el actuar de las mujeres a favor de las “buenas costumbres” y el honor familiar.

Pero volviendo al caso que aquí nos ocupa, el de las viudas de Xoampolco, al paso de los meses, varias de ellas se vieron forzadas a salir de la comunidad. Quienes habitaban con su familia política y no tenían una propia ahí mismo se fueron porque, decían, “empezaban a no darles de comer y sentían que tenían que rogarles para que les apoyaran”.

Los eternos ausentes: funcionarios gubernamentales y programas de apoyo social

Durante este proceso, el gobierno federal y el estatal brillaron por su

Jinete en la tormenta

ausencia. El gobernador en turno, Javier Duarte de Ochoa, acudió a la comunidad a los pocos días de la tragedia y fue abucheado por la multitud, que le reclamó a gritos la falta de apoyo ante lo acontecido. Enojado, se fue no sin antes dejar en claro que si no lo querían, él tampoco les ayudaría. Envío una excavadora para terminar de arreglar el camino afectado por el deslave, misma que trabajó en el lugar un par de días y nunca más, ni él ni nadie de su gabinete, acudió en apoyo de esta comunidad.

En cuanto a funcionarios federales del DIF y de la Sedesol, como sucede en casos similares según hemos documentado di-

¹ *Sati (ritual)*. Recuperado en [https://es.wikipedia.org/wiki/Sat%C3%AD_\(ritual\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Sat%C3%AD_(ritual)), el 15 de septiembre del 2016.

² Ana Gabriela Rojas, “Estallido de color para las viudas indias”, *El País*, 9 de abril de 2015. Disponible en http://elpais.com/elpais/2015/04/06/eps/1428321056_377815.html.

³ María José García Oramas, Sara Ruiz Vallejo y Susana Ruiz Pimentel, “Las que se quedan: género, migración y control social”, *Amerique Latine, Histoire et Memoire* 21 (2010): 8.

versos autores,⁴ acudieron varias veces a “apuntar en la lista” a las y los damnificados para darles indicaciones sobre los procesos requeridos para apoyarles con enseres domésticos y recursos federales. Estos recursos nunca llegaron. Igualmente, les explicaron que por internet podían llenar los formularios correspondientes a los programas de apoyo con que contaban, por ejemplo, para la ayuda a sus hijos mediante una beca, si alcanzaban buen promedio escolar. O bien, si se juntaban varias mujeres, podrían iniciar una microempresa, para lo cual les apoyarían con algunos de los requerimientos iniciales. Por ejemplo, si querían criar cochinos o gallinas, les ayudarían con un porcentaje del alimento que necesitaban para su engorda.

No hace falta decir cuán inoperantes resultaban estas propuestas; en primer lugar porque en esta comunidad las personas no cuentan con computadoras o servicios de internet ni saben usarlos. Ante esta situación, una de estas mujeres fue varias veces a Xalapa para conseguir apoyos. Nadie le pagó los viáticos ni fue escuchada en sus legítimas demandas.

Por su parte, los niños, recién impactados por la tragedia, difícilmente lograrían los buenos promedios que les pedían para acceder a las becas educativas y, en lo

que respecta a las microempresas, las mujeres del lugar, conocedoras de los menesteres en la cría de animales, decían que su alimento era tan caro que con el apoyo que les darían no les alcanzaría para su engorda y mucho menos para ganar con su venta posterior.

Como suele suceder con la mayoría de los programas gubernamentales, todo se quedó en buenas intenciones y en nombres anotados en los celulares de los funcionarios que, llenos de promesas, acudían a Xoampolco sin dejar de aprovechar la ocasión para tomarse la foto reglamentaria.

Finalmente, la única ayuda material que recibieron estas personas provino de la sociedad civil, de las personas de buena voluntad que desde comunidades y ciudades aledañas les hicieron llegar directamente apoyos consistentes en ropa, enseres domésticos y alimentos. El gobierno terminó su labor al incluirlas en un programa de “empleo temporal” que duró un par de semanas, pero que al final no las empleó a ellas puesto que el trabajo a emprender era demasiado fatigoso e incluía jornadas extensivas de trabajo que implicaban dejar solos a sus pequeños hijos, ya que consistía en armar cajones de fierro, llenarlos de piedra y transportarlos a las zonas de peligro de deslave para construir muros que los contuvieran.

Otra instancia de apoyo fue la iglesia local, que llevó a cabo varias celebraciones religiosas en honor a los difuntos. Y, desde luego, la siempre milagrosa Virgen de Guadalupe, cuya imagen permaneció intacta en su nicho de cemento colocado justamente en la colina que desapareció por el alud en Xaltepec. Este hecho, considerado como un milagro por los fieles, hizo que aumentara el fervor por esta imagen que a la fecha sigue siendo venerada en el mismo lugar en donde sobrevivió al desastre.

El caso de Ana

La historia de una de las viudas de Xoampolco, a quien llamaré Ana, me pareció lo más significativo de todo lo sucedido en esa comunidad, puesto que, a mis ojos, narra la historia de una mujer genial y singular que transita por un proceso de construcción subjetiva femenina del silencio al lenguaje fecundo, como lo he explicado ampliamente en la obra de mi autoría *Las mujeres y su goce: del silencio al lenguaje fecundo*.⁵

En los meses que estuvimos allí, Ana acudió regularmente a las sesiones a llevar a su hijo de cinco años, acompañada de su pequeña bebé en brazos. La niña había nacido dos días antes de que su padre falleciera. En estas sesiones, Ana permaneció todo el tiempo callada y, según nos relataban sus familiares, tampoco hablaba con nadie en su casa. Al perder a su marido de manera tan intempestiva, enmudeció, se alejó del exterior y permaneció en su propio silencio. Para recuperar su voz, ese silencio habría de transformarse poco a poco en un espacio de reflexión que le permitiría elaborar su duelo y, con ello, recuperar su palabra.

El alud sepultó al autobús que llevaría al marido de Ana a su trabajo, desde Xoampolco hasta Altotonga. En su relato, ella me dijo que era muy feliz porque su esposo era un buen hombre que la trataba bien, quería a su hijo, estaba muy contento con su niña recién nacida pues ahora “ya tenían la parejita” y siempre la sacaba a pasear, no como otros maridos que tenían a sus mujeres encerradas en la casa.

Sus primeras palabras hacía mí, luego de ese largo silencio de varias semanas, fueron las siguientes: “¿Usted cree que las cosas pasan por algo?” La pregunta aún hoy me toma desprevenida, tal como en aquel momento en

⁴ María Teresa Barón Cruz, “Envejecimiento en clave de género. El caso de Santa María Tiltepec, Oaxaca”, *Clivajes. Revista de Ciencias Sociales* III, 6 (julio-diciembre 2016): 92-110. uv. Disponible en <http://revistas.uv.mx/index.php/Clivajes/article/view/2151>.

Arturo Marinerio Heredia y María José García Oramas, “El huracán Karl: concepciones sobre su origen en una comunidad de Veracruz”, *Ciencia ergo-sum* 22, 1 (marzo-junio 2015): 19-29.

⁵ María José García Oramas. 2015. *Las mujeres y su goce: del silencio al lenguaje fecundo* (Xalapa: uv, México).

el que casualmente me había sentado junto a Ana durante la celebración que llevábamos a cabo el último día en que acudíamos a la comunidad, ya cerca de las fiestas navideñas. Comíamos antojitos, pastel, dulces, mientras las y los chicos de la facultad realizaban juegos y diversas actividades recreativas con los niños.

Sabiendo que no debía obtener el discurso que Ana recién se atrevía a enunciar, en vez de contestarle le pregunté qué pensaba ella al respecto. “No sé”, me contestó, “mi niño me pregunta que por qué su papá tuvo que morir, que por qué le tocó a él que eso sucediera, y yo no sé qué responderle”. “Mi marido”, continuó, “en el día en que pasó el accidente salió temprano a trabajar y en el camino se encontró a su compadre, quien le dijo que no se subiera al carro y mejor se tomaran un café antes de irse. Él le contestó que mejor se iba a trabajar para no llegar tarde. “Imagínese, si mi marido no se hubiese subido al carro no hubiera fallecido y mi compadre, que no se subió por darse un tiempo antes de irse a trabajar, se salvó.”

Ana hablaba mirando hacia el frente, no hacia mí ni hacia su pequeña niña en brazos. Sé que no es precisamente a mí a quien le hablaba ni tampoco a su pequeña hija, pero ambas la escuchábamos. La niña, quien ya para ese entonces tendría alrededor de tres meses, pasaba de periodos de sueño a la vigilia siempre mirando fijamente a su madre, de hecho sin parpadear siquiera. Mientras escuchaba a Ana, pensaba en la mirada de su bebé, que nunca antes había visto en alguien tan pequeño. Considero que era imposible que la niña no reaccionara ante el dolor y sufrimiento que ella le

Sus primeras palabras hacia mí [...] fueron las siguientes: “¿Usted cree que las cosas pasan por algo?”

transmitía, pero estoy convencida de que aprendió muy pronto de la enorme fuerza subjetiva de su madre, quien hacía todo lo que podía por transitar hacia una palabra fecunda que le permitiera elaborar lo que le había sucedido y continuar, ahora sola, con su vida y la de sus pequeños hijos.

Ana finalizó diciéndome que agradecía mucho que los chicos hubieran acudido a apoyar a los niños de su comunidad; me contó que su hijo cambió mucho a partir de estas visitas: antes no quería hablar ni jugar pero ahora ya lo hacía, se concentraba mejor en las clases y esperaba con ansia que llegaran los sábados para jugar con los muchachos. En este sentido, cabe destacar que todas las terapias con niños pequeños se realizan a través del juego, y las y los jóvenes psicólogos que acudían a las brigadas fueron capacitados previamente en estas acciones y además eran supervisados por nosotros, sus docentes, después de cada visita a la comunidad.

Ana me dijo que no sabía lo que haría en el futuro, que seguramente se iría a vivir con su mamá, que Dios sabría por qué había pasado todo esto y que también me agradecía a mí por haberla escuchado.

Durante los meses que siguieron yo también enmudecí frente a

esta historia. Pero, pasado el tiempo, animada por mis colegas, me decidí a hablar de ello y ahora a narrarla. También, porque en estos últimos años, a la tragedia de las viudas de Xoampolco se han unido las de miles de mujeres que han perdido a sus hijos –muertos o desaparecidos– y las de quienes han sido, ellas mismas, víctimas del feminicidio y la desaparición forzada.

Svetlana Alexiévich, la gran bielorrusa Premio Nobel de Literatura y autora de obras como *Voces de Chernóbil*, nos enseña que la vida humana antes, durante y después de los desastres socio-naturales y de la violencia social, se trata únicamente del amor y de la muerte, como en el caso de Ana y las viudas de Xoampolco: el amor por sus maridos y la muerte que se los llevó tan prematuramente dejándolas solas y vulnerables frente a sus comunidades y a sus pequeños hijos. Nos enseña también la relevancia que tiene el recuperar las voces de las personas singulares que padecen estos desastres para, colectivamente, transitar del silencio al lenguaje fecundo. Por eso es importante pasar la voz, trascender el miedo, el grito, el dolor, hacia la palabra generadora de nuevos significados para, con ello, ser capaces de actuar colectivamente en la construcción de formas de convivencia humana más justas y equitativas. **LPyH**

• **María José García Oramas** es investigadora de tiempo completo en la Facultad de Psicología (UV-Xalapa), y desde 2014 coordina la Unidad de Género de la misma universidad. Licenciada en Psicología Social, maestra en Estudios de Género y doctora en Ciencias de la Educación.